

Ramón P. Muñoz Soler

**EL HOMBRE COMO ENTIDAD
PSICOSOMÁTICA
CÓSMICA**

Revista Médica de
Metapsíquica 1947
Año I N° 1



EL HOMBRE COMO ENTIDAD PSICOSOMÁTICA CÓSMICA

El concepto que el hombre ha tenido acerca de su propia naturaleza y de su posición en el mundo en que vive, ha variado, con el correr del tiempo, de acuerdo a las diferentes concepciones científicas y filosóficas.

Al aplicar los métodos de ambas disciplinas al estudio del individuo humano, ya sea aisladamente o en conjunto, se ha buscado dar una solución lo más categórica posible a un problema que existió siempre y que persiste aún, y al que Alexis Carrel designara con la conocida expresión: “incógnita del hombre”.

Comprendemos de inmediato la ardua tarea que significaría enfocar este problema en toda su amplitud, tratando de ofrecer un panorama completo en el que se integraran los conocimientos suministrados por las ciencias de la naturaleza con los aportes de las ciencias culturales.

Renunciamos de entrada a esta labor, y sólo nos proponemos presentar, aquí algo simple, un esquema diríamos, de la evolución que ha sufrido el concepto de “personalidad humana” en el terreno científico, en general, y en forma particular en las disciplinas médicas y biológicas.

I

Uno de los criterios biológicos más difundidos en el siglo pasado y cuya influencia en el campo médico persiste aún, es el de considerar a los organismos vivos únicamente como sistemas fisicoquímicos complejos en equilibrio inestable y regidos por las mismas *leyes de causalidad* que actúan en los cuerpos inanimados.

El hombre, como individuo biológico, no era más que una agrupación de unidades anatómicas, las células, que especializadas o diferenciadas en mayor o menor grado, y coordinándose entre sí por el principio de las conexiones señalado por Cuvier, integraban el substratum morfológico de toda la fisiología del ser vivo.

El protoplasma, sistema fisicoquímico complejo y constituyente de la célula, fue considerado como lo esencial en la materia viviente.

Las relaciones entre los organismos animales y vegetales y el medio ambiente, sólo fueron consideradas en el sentido de una adaptación de la vida al medio y no se vislumbraba que pudiera existir también un mecanismo inverso.¹

Esta doctrina biológica mecanicista, llevada al terreno médico, condujo al concepto de que no podía existir una enfermedad sin que hubiera una alteración concomitante de la morfología celular (Virchow), producida esta última por diversos factores ajenos al organismo: gérmenes patógenos, traumatismos, tóxicos etc.

¹ (1) **H. Delgado**, “*Psicología y Ecología, o del instinto en el orden de la naturaleza*”. Revista Letras, 1942, Lima, Perú

Este conjunto de hechos formó un verdadero cuerpo de doctrina médica que hoy llamamos organicista y cuyos principios fundamentales y derivaciones prácticas podemos resumir en la siguiente forma:

- Concepto de los factores microbianos, tóxicos, etc., exteriores al organismo, en relación a la influencia del terreno.
- Especificidad etiológica.
- Diagnóstico fundado exclusivamente en los datos de la exploración clínica. Instrumental y de laboratorio.
- Terapéutica dirigida a lo somático.

II

La biología moderna ha ampliado la concepción mecanicista del ser vivo y considera al individuo, no como una simple agrupación celular, sino como un todo que es algo más que la suma de las partes y a cuyo servicio se encuentran.

Además, aparte de las leyes que rigen los sistemas fisicoquímicos, hay que reconocer un principio biológico de capital importancia, *la finalidad*, que condiciona las diversas funciones y las estructuras anatómicas a ellas ligadas.

La morfología está, entonces, al servicio de la función y está al servicio de la finalidad: es la biología holística y finalista que interpreta que “en el ser vivo lo esencial no es protoplasma sino objeto”.

Sobre la base de estas nociones biológicas y los aportes de la psicología profunda y la patología funcional, se estructuró un nuevo cuerpo de doctrina que conocemos como *psicosomática*.

La unidad del ser vivo quedó perfectamente demostrada en el hombre con el estudio de los múltiples mecanismos de correlación, hormonales, nerviosos, fisicoquímicos, etc., que vinculan unos tejidos con otros y hacen que una alteración en determinada estructura, somática o psíquica, repercuta en mayor o menor grado sobre la personalidad en su conjunto.

El estudio de numerosas perturbaciones en el funcionamiento de diversos órganos sin que pudieran descubrirse lesiones anatómicas de ninguna clase, hizo cambiar el primitivo concepto de enfermedad sustentado por la patología celular de Virchow, en la noción de alteración funcional que podía o no traer

secundariamente modificaciones titulares u orgánicas.

El concepto de lo psíquico, incorporado al campo biológico, tiene gran importancia en la medicina psicosomática que reconoce, al lado de los factores microbianos tóxicos, etc., capaces de producir alteraciones funcionales y anatómicas en el organismo, otros factores intrínsecos, ideativos y emocionales, conscientes o inconscientes, que integran un nuevo capítulo de la patología: la psicogénesis mórbida.

Muchos de los postulados de la medicina organicista tuvieron que dejarse a un lado y ser reemplazados por otros de mayor alcance; el concepto de la especificidad etiológica desaparece frente a los nuevos estudios que demuestran la importancia del terreno y de la predisposición, se acepta la constelación etiopatogénica en el determinismo de las enfermedades; la patología de órganos es reemplazada por la de sistemas; a los métodos clínicos y de laboratorio se agrega la exploración psicológica y la terapéutica deja de ser exclusivamente somática para convertirse en integral, con valoración de lo psíquico y lo somático.

De acuerdo a todas estas nociones, el hombre debe ser considerado como una totalidad biológica que reacciona como tal frente a los más diversos estímulos, de naturaleza psicofísica y con un carácter prospectivo de finalidad.

Las investigaciones procedentes de otras ramas de la ciencia como la medicina social, la sociología y, sobre todo, la psicología colectiva, permitieron ampliar todavía más el concepto anteriormente citado de la personalidad.

En efecto, los hechos demuestran que no es posible considerar al hombre

como una entidad aislada sino que existen vínculos estrechos entre los integrantes de la colectividad, a tal punto que algunos autores no justifican una separación entre psicología individual y colectiva y, más aún, creen que el alma de grupo es anterior a la constitución del psiquismo con los caracteres de la individualidad.²

Estas relaciones entre el individuo y los demás componentes de las masas, desde la familia, la escuela, la agrupación religiosa hasta la sociedad entera, son vínculos reales que llegan a integrar diversas instancias de su propio aparato anímico.

Las aportaciones del psicoanálisis a la psicología de las masas han arrojado viva luz sobre estas cuestiones. Por ejemplo, los elementos coercitivos impuestos al YO desde afuera en los primeros estadios del desarrollo, principalmente por la pareja parenteral, son luego inyectados en el psiquismo individual y pasan a formar parte del mismo, aunque en forma impersonal, como una instancia crítica, represora, etc., que conocemos como super –YO.

En diversos estados normales y patológicos se verifican estos mecanismos de introyección de ciertos elementos de medio social en el aparato psíquico: otras veces se trata de identificaciones y otras de proyección de los conflictos individuales sobre otras personas del medio circundante.

En resumen, y sin entrar en mayores detalles, son tantos y tan complejos los vínculos que ligan a los individuos entre sí que es imposible considerar al hombre con prescindencia de los que le rodean; la sociedad, sea pequeña o grande, es un vasto organismo que participa de las mismas leyes psicológicas que se observan en el psiquismo individual.

² S. Freud, “*Psicología de las masas*”, Tomo IX Obras completas.

Estos hechos nos permiten considerar a la personalidad como un ente biopsicosocial y nos explican muchas de las reacciones normales y patológicas del individuo frente a las situaciones que se le presentan en el medio familiar o social donde actúa. La valoración de estas situaciones en todo enfermo, por parte de la medicina psicosomática y el conocimiento de los mecanismos de adaptación o desadaptación al ambiente social, contribuyen al mejor diagnóstico y tratamiento de las enfermedades.

Pero el hombre no solamente está en relación con el mundo social y sus instituciones, sino que como ente biológico está sumergido en el mundo cósmico del cual tampoco puede considerarse aisladamente como no sea en abstracción.

La biología y la medicina se han ocupado detenidamente del estudio de las energías cósmicas que actúan sobre el hombre, desde las radiaciones polares, la presión atmosférica, la configuración del terreno, el clima, etc., hasta los rayos cósmicos y otros fenómenos celestes; se ha estudiado los mecanismos fisiológicos de adaptación a tales factores y las modalidades particulares de la personalidad de acuerdo a determinadas variaciones de los mismos; se han analizado, igualmente, las influencias del clima sobre las curvas de morbilidad de ciertas enfermedades epidémicas.

Pero no es menos cierto que al lado de esta adaptación de la vida al medio cósmico, existe también una coordinación de todos los elementos animados e inanimados de nuestro mundo a las características de la vida que ha de desarrollarse en él.

El profesor Honorario Delgado, en un trabajo muy interesante que hemos citado al principio^(ver1) y con un criterio de filosofía biológica, hace notar

cómo hay una solidaridad estrecha entre los seres del mundo biológico y entre ellos y las energías cósmicas a tal punto que el conjunto de la biosfera se nos ofrece como una maravillosa estructura regida por un principio teleológico.

III

Después de todos los estudios realizados hasta el presente sobre la naturaleza del hombre y de las sucesivas aportaciones de la ciencia ya mencionadas, parecía haberse llegado, por fin, a una comprensión satisfactoria, si nuevos hechos no hubieran obligado a ampliar otra vez los primitivos esquemas: las contribuciones para ello proceden ahora de una ciencia nueva, la metapsíquica.

Si hemos podido ser breves en todo lo expuesto hasta aquí y nos hemos limitado a exponer los resultados finales de las ciencias biológicas, la medicina, la psicología individual y colectiva, sin preocuparnos mayormente de analizar los fundamentos de esas ciencias y los caminos por los que se arribó a tales conclusiones, es porque las mismas han sido ya incorporadas al acervo general de conocimientos y sus principios básicos son aceptados, por lo menos, por la mayoría de los hombres de ciencia.

Pero no podemos adoptar la misma conducta frente a la metapsíquica porque se trata de una ciencia nueva, desconocida todavía por muchos y combatida por otros; nos detendremos, pues, aún a costa de insistir demasiado en lo que todos los metapsiquistas han señalado con anterioridad, sobre los conceptos elementales de esa ciencia y los principales hechos que obligan a concederle el lugar que le corresponde frente a las demás ramas del conocimiento científico.

Después de esta exposición sumaria, analizaremos cuáles son los aportes de la metapsíquica al conocimiento del hombre y hasta qué punto nos permitirán ampliar las nociones formuladas hasta el presente.

“Metapsíquica es la ciencia que tiene por objeto el estudio de aquellos fenómenos materiales o mentales, mecánicos o psicológicos, inhabituales, que parecen ser debidos a energía desconocida en estrecha dependencia de la psiquis humana.”³

Estos fenómenos inhabituales se producen en íntima dependencia de ciertos sujetos dotados de facultades especiales que se han dado en llamar, por sus características, “facultades supranormales” (F. Myers).

Pero... ¿Qué son estas facultades supranormales? ¿Puede admitirse su existencia sin lugar a dudas? ¿Cómo es que la psicofisiología académica no las ha incluido todavía en su acervo? ¿Hasta qué punto pueden cambiar nuestros esquemas psicológicos, biológicos y médicos?

Debemos hacer notar, ante todo, que los fenómenos metapsíquicos son tan variados y se extienden a dominios tan diversos, que han interesado por igual tanto a las ciencias de la naturaleza como a las del espíritu.

Y así vemos, que en el campo de la física, por ejemplo la metapsíquica tiene representantes ilustres en William Crookes y W. J. Crawford; en biología, Alexis Carrel, Hans Driesch y Russell Wallace; en fisiología, Charles Richet, el verdadero fundador de esta ciencia a la que dedicó su última lección al retirarse de la Facultad de Medicina de Paris el 24 de junio de 1925.

³ **Fernando Cazzamalli** “Metapsíchica, neurobiología e método sperimentale (Dalla metapsíchica alla psicobiofisica)”. Roma, 1942

Los médicos han realizado las contribuciones más importantes al estudio de la fenomenología supranormal y no podemos menos que mencionar las obras de Gustavo Geley, “Del inconsciente al consciente”, “Ectoplasma y clarividencia”, etc. Y de Eugenio Osty: “El conocimiento supranormal”, “Los poderes desconocidos del espíritu sobre la materia”, etc.

No podían escapar estos fenómenos a la sagacidad de Freud, el creador del psicoanálisis y el hombre que tan bien ha estudiado los mecanismos psíquicos inconscientes. Veamos cuál era su opinión al respecto:

“No queremos dejar de examinar la cuestión de si ha de negarse siempre que la superstición tenga raíces reales y que existan presentimientos, sueños proféticos, experiencias telepáticas, manifestaciones de fuerzas sobrenaturales, etc. Nada más lejos de mí que rechazar, desde luego y sin formación de causa, estos fenómenos sobre los cuales existen tantas y tan penetrantes observaciones de hombres de alta intelectualidad, y que deben, desde luego, seguir siendo objeto de investigación”⁴.

Jung va más lejos que su maestro en cuanto se refiere a lo supranormal y acepta de plano en sus últimas obras la realidad de los fenómenos trascendentes:

⁴ S. Freud, “Psicopatología de la vida cotidiana”, 3ª Edición Biblioteca Nueva, Madrid, 1929.

“Hoy puede establecerse con menos certeza que 50 años atrás - dice- la trabazón que existe entre cerebro y psiquis. La psicología debe asimilar aún algunos hechos parapsicológicos, tarea que ni siquiera se ha iniciado. Parece que a la psiquis inconsciente para nosotros, corresponden propiedades que se hallan en una relación singular con el espacio y con el tiempo. Me refiero a fenómenos espaciales y temporalmente telepáticos, que según consta, son mucho más fáciles de ignorar que de explicar. Con algunas loables excepciones debe decirse que, hasta ahora, la ciencia no se ha tomado gran trabajo en averiguarlo”.

“Debo confesar que las llamadas facultades telepáticas de la psiquis me han causado grandes preocupaciones, pues el término “telepatía” está muy lejos de explicar algo. La limitación espacio - temporal de la conciencia es un hecho tan abrumador que toda brecha que se abra en esa verdad fundamental constituye, realmente, un acontecimiento de máxima significación teórica, pues comprueba que esa limitación espacio - temporal es una determinación, un destino susceptible de ser anulado. Esa condición anuladora sería la psiquis a la que, por tanto, el espacio y el tiempo sólo corresponderían como carácter a lo sumo relativo o sea circunstancial. En un caso dado podría forzar la barrera del espacio y del tiempo, en virtud de su esencial condición de relativa independencia de uno y otro. Esta posibilidad, a mi juicio muy clara, es de tan inmenso alcance que debería incitar

al espíritu investigador al máximo esfuerzo.”

“Sólo he mencionado este grupo de fenómenos para indicar que la trabazón entre el cerebro y la psiquis, es decir, su limitación espacio - temporal, no es tan natural e indudable como hasta ahora se creía.”

“Aquel que disponga siquiera de un somero conocimiento del material de prueba para- psicológico ya existente y suficientemente comprobado, sabe que, sobre todo, los fenómenos llamados telepáticos, son hechos indudables.”⁵

Pero a pesar de todo el prestigio de estos hombres de ciencia, la metapsíquica no ha entrado todavía en los círculos oficiales y académicos. ¿A qué se debe este hecho? ¿Por qué hay otros fenómenos de menor trascendencia que enseguida son conocidos por todo el mundo y divulgados en los centros de enseñanza? Hay varios factores que concurren a explicar por qué todavía no se ha dado carta de ciudadanía a la metapsíquica.

En primer lugar es necesario reconocer que se trata de fenómenos trascendentales, que están muy por fuera de todo lo que se observa habitualmente, y, como dice Bozzano:

“Existe una ley psicológica inexorable que impide a los espíritus que se han ejercitado mucho tiempo en una concepción especial de la vida, asimilar ideas que contrasten

⁵ C. G. Jung, “La realidad el alma”, Ed. Losada, 1940.

de un modo absoluto con ella. En consecuencia, todo movimiento intelectual de orden religioso, social, moral o científico demasiado radicalmente innovador, ha sido siempre acogido con cierta hostilidad por todas las clases sociales, y, sobre todo, por las más elevadas y cultas”.⁶

Por otra parte, siempre se han mezclado a los fenómenos auténticos otros falsos y aún los más prestigiosos experimentadores fueron víctimas del fraude; ello creó muy pronto un ambiente de escepticismo, y ante la duda, se abrieron dos caminos: el de controlar severamente los fenómenos y estudiarlos pacientemente, aun en medio de circunstancias adversas, o rechazarlo todo para tener la seguridad de no aceptar errores en la ciencia. Este último camino, el más cómodo, fue seguido por la mayoría y es el criterio que aún impera entre los científicos: rechazan sistemáticamente todo lo supranormal, no quieren ocuparse del asunto, temen comprometer su buen nombre al tratar problemas que han sido objeto de tanta crítica. El otro camino, el más difícil, estaba reservado a los hombres libres de prejuicios y amantes de la verdad, deseosos de arrancar un secreto más a la naturaleza, de conocer mejor al hombre y, a través de ese mejor conocimiento, tener una visión más clara del universo.

En los comienzos de este siglo la metapsíquica ha salido de la faz puramente descriptiva; una vez bien comprobada la autenticidad de los fenómenos, los investigadores aplicaron a su estudio el método científico experimental que tan buenos resultados había dado en otros campos del conocimiento y que en un principio se pudo pensar que sería inaplicable en metapsíquica: se inicia

⁶ **Eresto Bozzano**, “Cerebro y pensamiento”.

ahora una etapa de prestigio para esta ciencia. El método experimental en manos de Gustavo Geley y Eugenio Osty en Francia, Ferdinando Cazzmali en Italia y J. B. Rhine en Estados Unidos, permitió llegar a conclusiones decisivas en cuanto a la realidad del conocimiento extrasensorial y de alguna de las condiciones que lo facilitan o lo perturban.

A través de una larga serie de experiencias bien controladas poseemos hoy en día un mejor conocimiento de la estructura psicofísica del hombre y tenemos una visión más amplia de lo que debe entenderse por personalidad integral.

Ante todo, el antiguo aforismo que establecía: “nada hay en la inteligencia que no haya pasado primero por los sentidos” es falso si por “sentidos” se quiere referir únicamente a los corporales conocidos. La experiencia que nos da la psicofisiología moderna nos permite afirmar que hay sujetos que tienen la facultad de conocer ciertos hechos, pasados, presentes o futuros, sin la intervención de los cinco sentidos corporales; tales sujetos pueden llegar al conocimiento salvando todas las barreras de espacio y tiempo.

Por lo tanto, tampoco es exacto el concepto que dan los textos de psicología cuando afirman que los contenidos psíquicos de una determinada persona no pueden ser conocidos por otra a menos que aquella los refiera por medio del lenguaje. Esta especie de secretos sobre la intimidad personal, de reinado sobre los vastos campos de la actividad consciente e inconsciente y a los que solamente se podía llegar por medio de técnicas especiales como la hipnosis o el psicoanálisis, que en última instancia exigía la sumisión del YO o el consentimiento del mismo, ya no puede mantenerse como secreto frente a las facultades supranormales.

Se comprende que sea difícil aceptar este hecho: que no seamos

verdaderamente dueños y señores de nuestras experiencias y pensamientos pasados y presentes, que no podamos borrar definitivamente un hecho bochornoso de nuestra vida que nos avergüenza, que no podemos ocultar nuestra verdadera manera de ser, porque todo ello puede ser conocido, en determinadas circunstancias, por un sujeto con una sensibilidad especial... Pero los hechos son hechos y ante ellos debe rendirse una vez más el narcisismo humano.

Aquí sería el momento oportuno de ampliar las consideraciones que hacía Freud para explicar el porqué de la resistencia a admitir un inconsciente poblado de fuerzas desconocidas para el propio YO. Dice este gran maestro que el hombre siempre ha querido ser el rey del universo y el centro alrededor del cual giren todas las cosas. El primer golpe a este narcisismo fue dado por Copérnico al negar que el sol y los demás planetas girasen alrededor de la Tierra como había sostenido hasta entonces Tolomeo.

El orgullo humano hubo de inclinarse por segunda vez ante la evidencia con los descubrimientos de Darwin y sucesores, quienes demostraron que el hombre no era un ser excepcional en la creación sino que representaba, a lo sumo, el último eslabón de una larga cadena de seres que evolucionaban.

Pero hasta aquí parecía todavía conservar el reinado de su propia personalidad, creía que la conciencia, sobre la que ejercía el control, era lo único existente en su psiquismo y debió indudablemente rebelarse cuando le demostraron que no había tal cosa y que existía un inconsciente, mucho más extenso y rico en contenidos y dinamismos, que el propio consciente.

Y por último se explica su resistencia a aceptar un hecho todavía más inconcebible: que todas sus experiencias pasadas y todos sus pensamientos

puedan ser conocidos aún en contra de su voluntad.

Esta comprobación excepcional de la psicofisiología moderna se prestaría para hacer largas e interesantes especulaciones de orden filosófico pero preferimos no tocar esta cuestión en este trabajo y seguir analizando los hechos a la luz de la experimentación científica.

Es evidente que el conocimiento extrasensorial se lleva a cabo en un plano psíquico inconsciente que lo elabora sobre todo en imágenes visuales, la mayoría de las veces de tipo alegórico o simbólico, que el consciente interpreta y traduce al lenguaje ordinario.

Otras veces el consciente recibe el conocimiento ya elaborado por completo en el inconsciente sin intermedio, de imágenes de ninguna clase; es cuando el sujeto dice, por ejemplo “Tal acontecimiento ocurrió hace 14 años”. Cuando se le pregunta por qué dijo 14, cómo lo supo, se limita a contestar que le vino ese número a la conciencia sin saber de dónde ni cómo; se habla en estos casos de intuición.

En otras oportunidades el conocimiento se completa por imágenes auditivas o cenestésicas. Este último tipo es bastante frecuente y por su intermedio el sujeto acusa molestias o dolores en la misma región del cuerpo o víscera que la zona afectada de la persona que traduce: es cuando dice “Siento como una opresión en la garganta”, “tengo mucho calor en el cuerpo”, etc.

Habitualmente los distintos tipos de imágenes y de sensaciones e intuiciones se combinan para llegar al conocimiento completo.

Hay sujetos que traducen su conocimiento por medio de lo que se ha dado en llamar escritura automática y que no hay que confundir con los automatismos

inconscientes propiamente dichos que no dan sino productos insignificantes.⁷

Ahora se plantea el siguiente interrogante: ¿cómo entra en acción este plano metapsíquico?

En algunos casos es necesario proceder a la hipnosis y únicamente en estado hipnótico se manifiestan las facultades supranormales. En otras ocasiones el propio sujeto entra en trance (auto hipnosis) casi siempre con sacudidas espasmódicas de los músculos, inspiraciones profundas y aceleración del pulso.

Y hay una tercera modalidad en que el sujeto manifiesta sus facultades en un aparente estado de normalidad aunque la observación cuidadosa denota algunas pequeñas sacudidas musculares y en ocasiones ligera obnubilación.

Es interesante destacar que en algunos de estos estados paranormales de mayor o menor intensidad y en los cuales se pone de manifiesto el metapsiquismo, se originan en el cerebro ondulaciones electromagnéticas de onda ultra corta que han sido demostradas experimentalmente por el profesor italiano Cazzamalli por un dispositivo de su invención basado esencialmente en la lámpara termoiónica; estas ondulaciones electromagnéticas son captadas a distancia por el citado aparato y se obtienen registros gráficos conocidos con el nombre de “radio - cerebro – psicograma” (Cazzamalli).

Esta contribución de Cazzamelli aplicada a los fenómenos de metapsíquica subjetiva permitirá, sin lugar a dudas, profundizar en el conocimiento del sistema nervioso, tan complejo de por sí y tan lleno de incógnitas hasta el presente.

⁷ **Ramón P. Muñoz Soler**, “Nuevos conceptos sobre la importancia del dinamopsiquismo en el hombre”. Publicaciones Médicas, Marzo 1946.

De modo, que al estudio psicológico experimental de los mecanismos conscientes e inconscientes que intervienen en la producción del conocimiento metapsíquico, se agrega ahora un método objetivo y gráfico de grandes alcances teóricos y prácticos.

La metapsíquica ha hecho también grandes progresos en lo que se refiere a las interacciones psicofísicas en el hombre y ha ido mucho más allá de los fenómenos incluidos en patología dentro de la psicogénesis mórbida y que atestiguan la acción de lo psíquico sobre lo físico. Dentro de las potencialidades inconscientes existe una verdadera acción ideoplástica que llega en ocasiones a “fundir” parte del organismo físico en una materia viva especial llamada ectoplasma, la cual puede modelarse en nuevas formas biológicas por la acción del mismo plano psíquico inconsciente.

El problema del ectoplasma -desconocido por la fisiología clásica- ensancha e ilumina el campo de la biología en una forma insospechada; el problema de la morfogénesis adquiere ahora un nuevo significado y la diferenciación tisular pasa a un segundo plano puesto que la experiencia demuestra que los tejidos diferenciados se funden en el ectoplasma en una sustancia única que vuelve nuevamente a ser lo que era antes cuando se reintegra al organismo del sujeto.

Las formas ectoplasmáticas pueden adquirir formas visibles o invisibles y ambas son dirigidas por el psiquismo inconsciente del sujeto y modeladas o no según las circunstancias. También aquí el método experimental y gráfico ha prestado señalados beneficios y ha permitido, a la par que eliminar el fraude, estudiar las condiciones en que se producen las emisiones de “sustancia invisible” y los factores que perjudican o favorecen esa emisión.

En el Instituto Metapsíquica Internacional de París, Eugenio Osty y su hijo

Marcelo ensayaron con muy buenos resultados los rayos infrarrojos (invisible al ojo pero que impresionan la placa fotográfica), para estudiar al famoso sujeto Rudi Schneider en las emisiones invisibles de ectoplasma que salían de su cuerpo y eran dirigidas por un plano críptico de su psiquismo.⁸

En síntesis, los aportes de la metapsíquica al conocimiento del hombre pueden resumirse en la siguiente forma:

El concepto de unidad biológica psicofísica queda ampliamente confirmado, ahora desde un nuevo punto de vista, con el estudio del ectoplasma amorfo y sus diferenciaciones.

Las interrelaciones psicosomáticas y, sobre todo, la acción del psiquismo inconsciente sobre el organismo físico, se pone bien de manifiesto en las creaciones ideoplásticas y en las cenestesias de los metagnomos, principalmente en aquellos que tienen especial aptitud para conocer el estado orgánico normal o patológico de las personas.

Y en el psiquismo se reconocen nuevas potencialidades y modos de acción y reacción a tal punto que por su intermedio el hombre salva todas las barreras espaciales y temporales y empieza a vislumbrar que sea muy difícil imponer límites o restricciones a las facultades que yacen latentes en el fondo de su ser.

Al revelar la existencia de este plano críptico y trascendente del psiquismo, la metapsíquica nos permite ampliar el concepto que la biología tenía del hombre como ente cósmico. Es verdad que existe una interacción entre el individuo y los elementos fisicoquímicos del ambiente y una relación íntima,

⁸ **Eugenio Osty y Marcelo Osty**, “Los poderes desconocidos del espíritu sobre la materia”.

de orden psicológico, entre los seres que constituyen la colectividad humana, de manera que ni desde el punto de vista biológico ni sociológico es posible aislar al hombre de su mundo; en otras palabras, la relación microcosmos - macrocosmos es tan íntima que ambos constituyen una unidad.

Estas relaciones a que hacemos referencia son de naturaleza energética conocida, ya sea fisicoquímica, biológica o psicológica, pero resulta que la metapsíquica nos dice que hay relaciones de otro orden entre el hombre y los demás elementos del cosmos, que esas relaciones son de orden mental, que no hay obstáculos materiales para ellas y que pueden tener lugar sin ninguna participación de la conciencia.

Y no se trata tan sólo de vínculos mentales entre instancias conscientes o inconscientes humanas sino que ellos pueden establecerse, también con elementos físicos del globo como corrientes de agua subterráneas, minas profundas separadas de la corteza por grandes distancias, etc.

¡Qué diferencia de concepción entre la biología mecanicista que no veía en el hombre más que un conjunto armónico de células que podía resolverse, a su vez, en un sistema fisicoquímico complejo del cual resultaban todas sus funciones incluso la actividad psíquica, con esta interpretación moderna que nos da la metapsíquica de una unidad biopsicosocial y cósmica en que lo psíquico es lo esencial porque domina a la materia y la trasciende!

Ahora bien, a través de la exposición de este trabajo, hemos visto como los criterios médicos se han ido modificando de acuerdo a las diferentes concepciones que se tenían del hombre. Hemos visto, cómo la medicina clásica era organicista y no podía ser de otro modo estando fundada en la noción de una personalidad somática. Hemos analizado, luego, como a través

del conocimiento del hombre como unidad psicofísica y social la medicina psicosomática ha cambiado los esquemas primitivos y ha introducido modificaciones en los criterios etiopatogénicos y terapéuticos.

¿Y qué ocurrirá, ahora, con esta nueva manera de concebir al hombre? ¿Qué cambios pueden vislumbrarse en el terreno médico?

¿Podrá fundamentarse una nueva doctrina médica en base a los descubrimientos metapsíquicos?

Es difícil, por ahora, dar una respuesta categórica a estas preguntas. Es cierto que la metagnomía puede aplicarse en medicina tanto como auxiliar de diagnóstico como procedimiento para profundizar en los mecanismos de interrelación psicosomática y en la génesis de diversos trastornos mentales. Pero, de acuerdo a nuestra experiencia, no podemos todavía llegar a una conclusión sobre los alcances de estos nuevos procedimientos en la práctica.

De todos modos, es indudable que la ciencia ve abrirse delante suyo nuevos y dilatados horizontes cuya exploración sistemática es obra del presente.

RESUMEN

1° Concepto puramente morfológico del individuo humano, considerado como simple agrupación de células especializadas en las distintas funciones, nos lleva a una medicina somática que considera la enfermedad como alteración de la estructura orgánica (patología celular de Virchow) y conduce a una terapéutica de límites restringidos.

2° Concepto del individuo como unidad biológica psicosomática y social, nos lleva a una medicina psicosomática que considera a la

enfermedad como alteración funcional y conduce a una terapéutica integral con valoración de los factores somáticos, psíquicos y ambientales.

3º Concepto del individuo como unidad biopsicosocial y cósmica, nos lleva a una medicina de vastos alcances que incorpora a su patrimonio los aportes de la metapsíquica y cuyas proyecciones son difíciles de prever.

